

NOTA DE LA AUTORA

Cuando queremos conocer la historia de algo que ha sucedido, no siempre los hechos concretos nos ilustran sobre ella. Siempre tenemos que indagar e ir más allá, a los orígenes. Esto hace que veamos todo con claridad y que hechos que fuera de contexto pueden parecer incorrectos, cobren otra forma y nos muestren la realidad.

Hoy en día nos une un cariño muy grande con la hermana Iglesia del Redentor, sin embargo, las iglesias están formadas por personas, y eso hace que, no siempre todo se desarrolle en un clima de armonía y fraternidad. La historia a continuación debería leerse con estos lentes, para que nadie resulte herido con el relato, porque no es lo que se persigue, sino el simple hecho de relatar los hechos tal cual sucedieron, tratando de mostrar la realidad de la forma más veraz posible. El hermano Remigio Prieto, quien fue quien vivió todo esto en carne propia, nos vuelve a aquellos días en las que las cosas no fueron fáciles para él, ni tampoco para un buen grupo de hermanos. Su relato, aunque nos parezca duro, nos mostrará el por qué de tantos hechos que fueron sucediéndose y cómo, a pesar de que el camino se les mostraba difícil, siempre se sintieron apoyados por Dios.

Aunque tuvieron que afrontar muchas luchas, y el camino fue duro, muchas veces dificultados por los que se habían llamado sus “hermanos en la fe”, Remigio, y creo que también sus compañeros de esta aventura que se llamó “Bethel”, hoy miran hacia atrás incluso con amor y agradecimiento, porque estas actitudes que parecían negativas, dieron el puntapiés inicial de lo que hoy es nuestra amada Iglesia.

Agradecemos de su valiosa ayuda, no solamente en escribir este capítulo, sino también en todos los datos que aportó, y que su memoria se haya mantenido inalterable durante el paso de los años es una bendición para todos nosotros. Es un privilegio el poder tener entre nosotros a uno de los miembros fundadores de nuestra congregación, que esté, además, dispuesto para contarnos sus experiencias. Y ahora, se abre el telón, y nos situamos en el tiempo, unos setenta años atrás. Imaginemos una Rosario con pocas iglesias, que comenzaban a mirar hacia los pueblos de alrededor y pensando en la forma de alcanzarlos con el Evangelio, con los medios que tuvieran a su alcance: unas pocas personas, con piernas fuertes para caminar, unas Biblias, y, en el mejor de los casos, un par de bicicletas.

Mientras estos jóvenes evangelistas salían con la comisión de llevar la Palabra de Dios a diferentes lugares, en Juncal un pueblito ubicado unos 120 km al sur de Rosario, otros jóvenes vivían lejos del conocimiento del Evangelio. Ellos eran los hermanos José y Remigio Prieto que habitaban allí junto a su familia.

Y hasta allí llegó don Juan Simón con el mensaje de Jesús. En febrero de 1939 se convirtieron, no solamente los dos hermanos, sino también toda la familia. Posteriormente, Raúl Bettin fue trasladado allí por trabajo. El iba a dirigir un puente que se construía para el ferrocarril. Y, al llegar allí comienza a visitar a los creyentes del lugar, y se contacta con la familia Prieto. A pesar de que ya estaban convertidos, en la casa de estos hermanos aún conservaban santos, y es la esposa de Raúl Bettin, doña Rosa, quien le explica la necesidad de desprenderse de ellos, y comenzar realmente una nueva vida de compromiso y crecimiento espiritual. Se comienzan a hacer las reuniones en casa de la familia Marvelli, que vivía en el lugar. Y así comienzan a caminar con el Señor, con pasos temerosos, pero seguros.

El relato a continuación es la experiencia de vida de Remigio Prieto en el Evangelio. Cuando lo leamos descubriremos el ejemplo de un hombre común, pero fiel

a Dios, que siempre dejó de lado los obstáculos humanos para poner su mirada en Aquel que nos guía en el camino de la fe.